

Allí teje la gloria la corona
Al mérito triunfante,
Y justa galardona
Con nimbo á Berchmans, con laurel á Dante.

Allí su Capitolio
Tienen la paz y la concordia humana ;
Y la Virtud en el supremo solio
Resplandece á los hombres soberana.
De allí al error que asombra con sus nieblas
El tortuoso camino
Le rompe las tinieblas,
Levantado al cenit, el Sol de Aquino (1).

¡ Y hoy, Italia, toleras
Que de la tierra atónita á despecho
Pregonen tremolando tus banderas
Los triunfos del cañón sobre el derecho !
Tronos no caben donde está la Sede
Del poder sin segundo ;
Ni á Roma regir puede
Cetro menor del que gobierna al mundo.

Lo sabes, y fautora
De inicua usurpación, de inicuas leyes,
Te embriagas con el mal, y de él ahora
Cómplices son los pueblos y los reyes.

(1) Los conceptos expresados en las cuatro estrofas siguientes se refieren á la Italia enemiga del Papado ; y en manera ninguna á la noble Italia católica, hija fidelísima de la santa Iglesia y victima también de sus injustos perseguidores.

Triunfante en ti lo vil se enseñorea ;
Y sin rubor ninguno
Tú, peor que Judea,
¡ Truecas á Cristo Rey por Jordán Bruno !

Y con él te fabricas
Ídolo que adorar, hez de las heces
En quien la infamia y la maldad deíficas,
Y la gloria del mármol envileces.
Avergüenzas al hombre con tu ciega
Obcecación insana
Que muestra á donde llega
La insensatez de la soberbia humana.

El mundo te ve y calla :
No hay un Joab que arroje al Jebuseo
De Sión santa. ¿ En dónde un Ciro se halla ?
¿ Contra Antíoco en dónde un Macabeo ?
Mancilla los santuarios lodo impuro :
¿ Dó están para salvarlos
Contra Astolfo perjuro
Los Marteles, Pipinos y los Carlos ?

Callan los pueblos grandes
Cual conspirados en el bajo empeño
Sólo en lo excelso de los indios Andes
Alzó la débil voz uno y pequeño.
Pequeño no, que es grande el que sostiene
Al justo en desvalía ;
Y muy grande si tiene
El corazón inmenso de un García,

¡ Ay, quién diera á mi lira
 Son de gemido y fléviles acentos
 De voz llorosa que dolor suspira !
 Quién oyera decir, entre lamentos,
 Al Ecuador por fin agradecido
 En esa que abandona
 Tumba al ingrato olvido :
 “ ¡ Mártir, salva á tu patria ! ; Héroe, perdona ! ”

León, otro Marciano
 Fuera él á quebrantar tu cautiverio,
 Que á ese gran corazón y firme mano
 Sobró grandeza y les faltó un imperio.
 Cuán otro el que te oprime, haciendo ultraje
 Á las leyes divinas,
 Y al mundo con salvaje
 Ruina de glorias y sagradas ruinas.

Esos que á tu cadena
 Estrechan más y más los eslabones,
 Te imputan á delito hasta la pena
 Que exhalas sólo en quejas y perdones.
 Y para que más vivo el odio flagre,
 Con escarnios alevés,
 Te dan hiel y vinagre,
 Crucificado Rey, y tú los bebes.

Como la llama crece
 Del huracán al iracundo vuelo,
 El odio del inicuo te engrandece,
 Y te levanta inaccesible al cielo.

Pudo el usurpador con fuerza y arte
 Arrebatarse tu herencia ;
 Mas ¿ quién podrá arrancarte
 El imperio del mundo en la conciencia ?

Lo intenta en su locura
 La sierpe que bullendo en la inmundicia
 Busca las sombras de tiniebla obscura
 Para encovar en ellas su malicia ;
 Mas no será, que tienes á millares
 Amantes corazones,
 Grandes como los mares
 Y fuertes con tu fuerza cual leones.

Ayer viste á la tierra
 Cuál te rindió con mano reverente
 Cuantos tesoros en su seno encierra ;
 Y el arte criador te ofrendó, riente
 En formas mil á la belleza pura,
 Y en brillos y primores
 Cuantos tiene natura
 En las piedras, las aves y las flores.

¿ Qué César, qué monarca
 Recibió de los hombres en tributo
 Cuanto la tierra da y el mar abarca,
 Cuanto es de ingenio y de trabajo fruto ?
 Sepan, sí, los inicuos, que te amamos ;
 Que con divino aliento
 En tu triunfo esperamos,
 Y esta esperanza avive su tormento.

¡ Salve, oh Rey! Prosternado
 Quiero ante Ti doblar la humilde frente,
 Que cuanto más me humillo y anonado,
 Más grande y noble el corazón se siente.
 Y al inclinarme ante tu excelso nombre
 De gloria me revisto,
 Que no adoro en Ti al hombre,
 Adoro á mi Señor, adoro á Cristo.



ODA Á DOM BOSCO

*Suscitans a terra inopem, et de stercore
 erigens pauperem.
 Ut collocet eum cum principibus.*
 (PSALM. CXII, 7, 8.)

No de opulencia en la dorada cuna,
 Ni en los claros escudos de nobleza
 Te arrulló la fortuna,
 Que tu prosapia propia y tu grandeza,
 Bosco, gloria del hombre, por ti empieza.

De tu alta fama el esplendor no debe
 Nada al acero en lides furibundo,
 Ni al favor de la plebe,
 Ni á la elocuencia, ni al saber profundo :
 Nada á la suerte debe, nada al mundo.

Todo al amor, al generoso anhelo
 De la alma caridad, germen que cría
 En pecho noble el cielo,
 Y sobre él de su sol rayos envía
 Y con lluvias de gracias lo rocía.

Amor, chispa vivaz que voladera
 Corazones por pábulo apetece ;
 Levanta allí su hoguera,
 Do con llamas de fragua resplandece,
 Y revienta en incendio, y crece y crece.

En ti ese fuego vivo, ese ardor puro
De caridad ardiente alcanzó tanto
Que de hombre ayer obscuro
Hoy á héroe te alza, superior al canto,
Quizá mañana al pedestal de santo.

Él te otorgó ese don con que pudiste
Á la codicia inexorable al lloro
De la miseria triste,
Rendir á darte de su grado el oro,
Inútil en el arca, en ti tesoro.

Él te inspiró tañ altas ambiciones
Cual no osaran avaros pedigüeños
Forjarse en ilusiones;
Y él triunfador en ti de arduos empeños
Volvió verdad tus fabulosos sueños.

Mas no sin que lloraras los tormentos
De águila presa que volar procura,
Y al probar los alientos
Que han de lanzarla á la sublime altura
Siente el hierro que al suelo la asegura.

Esperanzas burladas, inquietudes,
Celo helado en la nieve de egoísmo,
La hiel de ingratitudes,
Dudas y desconfianzas de ti mismo,
Golfos de luz y obscuridad de abismo.

Todo eso en ti sentiste cuando á solas
Con tu ideal, como Colón traías,
Puesto entre amargas olas,
Mundo inmenso que sólo tu veías,
É ibas de puerta en puerta y lo ofrecías.

Mundo de caridad, ardor bendito
Del bien, y tal que lo que hiciste poco.
Fué á tu anhelo infinito :
Por eso el mundo te llamaba loco,
Á ti, sabio sublime de Valdocco.

Valdocco, el campo de tu afán testigo,
Con tu sudor y lágrimas bañado,
Primero y dulce abrigo,
Hospedador del niño desgraciado,
Bajo el ítalo cielo en verde prado.

Era una tarde : al rebramar del viento
Escuchaste sonar por el vacío
Un infantil lamento.

— Hijo, dime ¿ qué tienes ? ¿ Hambre ?... ¿ frío ?...
— Mi madre murió ayer... ¡ Solo ! ¡ Dios mío !...

— ¡ Pobre criatura ! Ven ; no llores tanto
(Tú llorabas aun más) ; ven, es preciso
Que yo te enjугue el llanto,
Y siendo á Dios y á tu deber sumiso
“ Te daré pan, trabajo y paraíso. ”

Lo cumpliste, y Valdocco á los espacios
Alza muros do al huérfano dedica
Talleres y palacios,
En que más que aura alpina fresca y rica
La virtud á los pechos vivifica.

Esa mansión ¡ oh Bosco ! do tu nombre
Vivirá eterno al par del beneficio,
Ha de enseñar al hombre
Cómo puede el trabajo, al bien propicio,
Víctimas niñas arrancar al vicio ;

¡ Y cuánto á la labor asidua cede
Del pulimento el ánimo grosero ;
Y cómo alentar puede,
Bajo harapos de niño pordiosero,
De un Savio el alma, el genio de un Cagliariero! (1).

Así el Orloff primero fué vil fruto
Del carbón que los antros ennegrece ;
Luego diamante bruto,
Y hoy á la talla, fúlgido, agradece
Los iris con que al Ruso ensoberbece.

Valdocco así también con diestro modo
En brillantes purísimos convierte
La vileza del lodo ;
Y el arte obliga al genio que despierte
La chispa oculta en pedernal inerte.

Aquí, rizos hurtando del madero,
En vaivén el cepillo se pasea ;
La lima roe acero ;
Ronca el fuelle, el martillo traquetea ;
Se inflama el aire y el sudor gotea.

Ahí la trompa bélica consuena
De sibilante flauta con gemidos ;
Y voz argétea llena
De música armoniosa los oídos,
Vida y afectos dando á los sonidos.

(1) Domingo Savio fué niño modelo de piedad que gozó de favores sobrenaturales, y murió de quince años de edad. Monsenior Juan Cagliariero es hoy obispo titular de Mágida, Vicario apostólico de Patagonia septentrional. Pio IX lo llamó « vaso de buena semilla » y es insigne compositor de música sagrada.
N. DEL A.

Allá no peligrosa bulle activa,
Instrumento de bien, fecunda prensa,
Sin que de ella reciba
El sol de la verdad tiniebla densa,
Ni Dios agravios, ni el pudor ofensa.

Ella difunde del verjel de gloria
Que de la Italia diviniza el seno
Y de su heroica historia
Cuanto bello atesoran en lo bueno,
Miel de sus flores, pero no el veneno (1).

He ahí tu obra, Bosco : inconsolable
Llora Valdocco, sí, mas no te pierde :
Nada hay allí que no hable
De tí, que tus bondades no recuerde :
El muro, el templo, el huerto, el césped verde.

Aun se te ve doquier, sombra querida ;
Aun se oye el eco de tu voz amante :
¿ Ni quién que te vió olvida
Esa mirada con candor de infante,
Y el sello de sonrisa en tu semblante ?

Y hoy ¿ qué amparo materno, qué cariño,
Qué blanda mano que acaricie pía,
Qué madre tendrá el niño ?
La que Jesús de muerte en la agonía,
Dejó á sus hijos huérfanos, María.

(1) Dom Bosco, amante de las bellas letras, deseando que sus alumnos estudiaran los autores clásicos, se propuso purgarlos de cuanto pudiera ofender los oídos castos de los niños, y en efecto sacó á luz las obras de Ariosto, Maquiavelo y Boccaccio. Los salesianos continúan la obra empezada por su padre. También escribió Dom Bosco una historia general de Italia, que ha sido muy estimada.

Con darles tú tal madre ; cómo exaltas
Lo vil y despreciable de la tierra
 Á las noblezas altas !
Grandes sin altivez, reyes sin guerra,
Ricos de todo el bien que el cielo encierra.

La fuerza son que en el trabajo lidia.
Son la conformidad en la penuria ;
 No el odio ni la envidia
Que haciendo Dios la libertad espuria,
Tigres en rebelión, braman de furia.

Para extender el bien, hijos criaste
En que vive inmortal tu ardiente celo ;
 Y pobres los enviaste
 Á enriquecer de caridad el suelo
De la región del sol á la del hielo.

Con ellos de MARÍA AUXILIADORA
Las Hijas llevan maternal ternura
 Al huérfano que llora
De pampa nebulosa en la llanura,
Y do el polo se esconde en nieve dura.

¿ En cuál de caridad obra piadosa
No está tu corazón, no están tus manos,
 Oh mujer generosa ?
Vas á la guerra y cruzas oceanos
 Á curar llagas y á salvar hermanos.

Tanto puede la fe, la que en acerba
Lucha disputa el mundo á la pujanza
 De la impiedad proterva
Que goza ya del triunfo en esperanza :
¡ Ay de la humanidad si al fin lo alcanza !

Mas no será, porque el taller de Sales,
Cual de bondad inagotable vena,
 Puebla las capitales :
La que el Támesis parte, la que el Sena,
La que ve al Tiber fecundar su arena.

Y América también. ; Oh campos grandes
Del Apóstol al celo, Edén fecundo
 Murado por los Andes,
En belleza y tesoros sin segundo,
Tierra capaz de contener al mundo !

Surcan ya hijos de Bosco el Amazonas ;
Los ve el Brasil en playas diamantinas ;
 Y les rinde coronas
Santa Fe, á quien tributan cristalinas
Aguas el Plata y vino las colinas.

Habitan con el gaucho en tiendas pobres,
Do beben en su sed el agua ingrata
 Á las ondas salobres ;
Y van donde el Limay, raudal de plata,
De cascada en cascada se arrebatata.

Por ellos hoy el araucano fiero
Contra cuyo valor lidió impotente
 El español acero,
Ante la cruz se postra reverente,
Y al agua bautismal rinde la frente.

También aquí de su bondad paterna
Tus huérfanos reciben los favores,
 Quito, ciudad superna,
Sentada en medio al mundo entre esplendores,
Con corona de nieves y de flores.

Y los espera el Funza (1) que dilata
Sobre verdor eterno sus difusas
Aguas de limpia plata,
Bañando la ciudad en que profusas
Vierten dones las gracias y las musas.

Cual sol hacia el cenit, fecunda y bella
Se alza ya la falange salesiana,
Y el mundo admira en ella
Lo que puede, do impera soberana
La milagrosa caridad cristiana.

Gózate, pues, ¡oh Bosco! allá en sereno
Campo de luz y bienes eternos;
Porque alzaste del cieno
Á los pobres, y á par de los reales
Príncipes los sentaste como iguales.

Gloria, honor, alabanza al Hijo Verbo,
Que ostentó tal grandeza y poder tanto
En ti su humilde siervo,
Que hoy héroe te alzas, superior al canto,
Quizá mañana al pedestal de santo.

(1) Río que pasa por Bogotá, capital de Colombia.



Á LA INOLVIDABLE MEMORIA DE JULIO BENIGNO ENRÍQUEZ

Sarà, dicea, che di tal merto pera
Ogni memoria? E da cotanto esempie
Nullo conforto il giusto tragga, e nulla
Vergogna il tristo?

MANZONI.

¿Cómo te lloraré? ¿Con qué prolijo
Gemido del dolor que me devora
Desataré la vena?
Te lloro cual quien llora al único hijo
En la terrible hora
Que lo arranca la muerte,
Inexorable á la paterna pena.
¿Por quién sino por ti del casi inerte
Corazón que ha extenuado dolor tanto
He de exprimir las postrimeras gotas
Que son ya más de sangre que de llanto?
Tuyas serán las moribundas notas
De mi lira infelice por do vaga
La última luz del estro refulgente
Que, de gloria sin pábulo, se apaga.
No humilde lauro, mas ciprés doliente
Y punzantes abrojos
Circúndenme la frente,
Y en tiniebla apaciéntense mis ojos

Muere el sol, y su faz la tierra oculta
 En sombras de tristeza,
 Y natura en tristeza se sepulta ;
 Y nosotros caer sin vida vemos
 Un astro soberano de grandeza,
 Y ni expresiones de dolor tenemos :
 Débil es el gemido
 Que exhalar puede el pecho dolorido,
 Y por gotas apenas
 Destilamos las lágrimas salobres
 De que tenemos las entrañas llenas :
 ¡ Ay, hasta en el dolor somos tan pobres !

¡ Conque pude perderte,
 Y separarte tú de mí pudiste !
 Lo que no fuera dado á varia suerte,
 Ya venturosa ó triste,
 En un punto no más lo hizo la muerte.
 ¡ Oh noche ! tú que impones tu alto imperio
 De soledad, silencio y sombra obscura
 Al dormido hemisferio,
 Dame espacio capaz á tanta pena,
 Y pasto en tu tiniebla á mi amargura ;
 Y tú, luna serena,
 Que, de la opaca inmensidad señora,
 Te encumbras al cenit, detén el paso
 Que te lleva al ocaso,
 Y párate á reinar sobre el que llora.

Deja al dichoso el campo que el sol viste
 De colores y luces peregrinas,
 Y tú ilumina al triste,
 ¡ Oh lámpara de tumbas y de ruinas !

¡ Oh Julio ! verdad es que nos separa
 De eternidad el insondable abismo ;
 Pero vives en mí más que yo mismo.
 Tu dulce imagen cara
 Me acompaña doquiera : á cada instante
 En vigilia ó en sueño,
 Ya grave, ya risueño,
 Ilumina mis sombras tu semblante.
 ¡ Con qué armonía suena
 Tu dulce voz al engañado oído
 Si llega á percibirla en habla ajena !
 Gózome en el engaño
 (Aunque luego la pena se acreciente)
 Tus ademanes viendo en un extraño ;
 Y busco tu mirada refulgente
 Allá entre las estrellas, en los brillos
 Que serenos ó trémulos envían.
 ¡ Ojos puros, sencillos
 Que ora expresivos de pasión ó calma,
 Veraces como el labio, despedían
 En claridad sidérea la del alma !

Me engaña todavía
 La verdad de tu muerte : y á la hora
 En que tu amor solía
 Buscar mi compañía,
 Me cansa el aguardarte
 De expectación con ansia veladora.
 Oigo tus pasos ya ; voy á estrecharte....
 Y digo, de mi mal desacordado,
 ¿ Por qué mi amigo tarda ?
 ¿ Por qué me habrá olvidado ?

Y al fulgor vespertino,
Fiel á antigua costumbre, el paso inclino
Á donde pienso que tu amor me aguarda,
Y voy en mi error ciego,
Y me encamino á ti; mas... ¡ *nunca* llego!

Otras veces te busco en la espesura
De los dos frecuentada: allí me siento
Del sauce bajo el domo de verdura,
Y repaso las pláticas süaves
Que acompañaba el susurrar del viento,
Murmurios de hojas y trinados de aves,
Cuando el labio callaba
Por tus ojos seguía
Hablando el corazón. ¡ Ah, cuán dulce era
Lo que así me decía;
Y cuánto en un instante me expresaba!
Yo más te conocía y más te amaba.
¡ Qué persuasivo era el consejo sabio
Que en cariñosa voz blanda y sincera
Llegaba á mi alma por tu amigo labio!
¡ Oh tú de amistad tierna y verdadera
Sagrado domicilio,
Que ya el acento de verdad severa,
Ya el dulce razonar de arcadio idilio
Oíste de sus labios elocuentes,
Testigo solo ahora
De mis ayes dolientes,
Tú también, por piedad, conmigo llora!

¡ Qué tristemente bellas
Me parecen las flores!

¡ Cuánto más melancólica la tarde
Con sus ondas de sombra, luz de estrellas,
Purpúreo cielo y nubes de colores!
¡ Qué inciertos son mis pasos sin tus huellas!
¡ Cuánto es sin ti mi corazón cobarde!
Timón de mi batel, ¿ cómo navego
En tanta mar sin ti? ¿ Cómo, Dios mío,
Podré vivir en soledad de ciego,
Atentando en lo obscuro y el vacío?
¡ Oh amigo, dulce amigo! ¿ qué palabra
Habrá expresiva de mi amor? ¿ cuál queja
Del dolor que tu ausencia en mi alma labra?
¿ Por qué no te amé más?... ¿ Por qué el cariño
Crece hoy más sin su dueño? Él se me aleja
Cuando le amara como á tierno niño.

Escucha... Suenan ya de la cercana
Torre la voz sonora
Con que á orar nos convida la campana,
Resonando en el llano y en el cerro:
Turbia, religiosa hora
Que la oración con la tristeza hermana;
Hora en que el extranjero, del destierro
El peso siente, y por la patria llora,
Y volar á ella anhela,
Y en memorias de infancia hacia ella vuela.
Ven ¡ oh Julio! de la alta
Luz de inmortalidad; la melodía
Aquí de tu voz falta
Para dar el saludo vespertino
Con unisonos labios á María.
¡ Ay! no me oyes, y flébil por el viento,